

---

## IV. LOS GRANDES ANCESTROS: LOS FILÓSOFOS

*Si bien es cierto que el Muro de Berlín cayó la noche del 9 de noviembre de 1989, la renovación de las ciencias políticas se había iniciado muchos años atrás. Pero habría que decir que de manera discreta, en el silencio de los claustros, y mucho antes que el mayo parisino de 1968, el marxismo comenzó a dejar de tener vigencia, mientras circulaba cada vez con mayor precisión, la información de que al otro lado de la cortina de hierro, las cosas no iban como la propaganda oficial soviética lo afirmaba. El renacimiento del pensamiento político sin la hipoteca al marxismo y como crítica a la vez del capitalismo, reaparece desde la ribera liberal con Raymond Aron, y desde los herejes del socialismo, con Ernst Bloch, Cornelius Castoriadis, Edgar Morin. Hay que tomar en cuenta a las dos corrientes de pensamiento, pero no siempre es así, para muchos la crítica vino de los liberales y se olvida la crítica desde la izquierda al mundo del socialismo real, protagonizada por troskistas, maoístas en sus primeros tramos (luego dieron paso, como siempre, a un nuevo dogma, tan intolerante como los que los precedieron).*

*Hubo, pese a todo, un renacimiento de los conceptos para pensar la política, que no provino, fuerza es decirlo, tampoco de las ciencias políticas propiamente dichas, sino desde los dominios de «la filosofía política». Sin acudir en exceso a sus textos, debemos mencionar la obra de Eric Weil, de 1956, y su fidelidad a una idea del Estado razonable, lo cual iba completamente a contracorriente de su tiempo. En esa ecología de ideas, a la vez política y de pensamiento, hay que situar la obra inmensa de Léo Strauss, alemán, filósofo contemporáneo (1899-1973), y su insistencia en el derecho natural, sus trabajos sobre la razón antigua (la de los griegos) y la moderna, y el reproche que él hace al olvido de los primeros, lo cual conduciría a formas contemporáneas de ceguera política y a inesperadas tiranías que vuelven a emerger en la historia humana. A Strauss le alcanza una gloria póstuma. Su obra hoy es visitada, forma parte del gran debate contemporáneo de ideas, de un sinnúmero de discusiones y controversias, luego de que, sorprendentemente, una joven filósofa, judía y alemana, H. Arendt, estudia y teoriza el concepto de sistema totalitario, concepto hoy imposible de ignorar en las ciencias políticas. De alguna manera se hereda a aquellos filósofos que no cedieron a la moda de hallar leyes para la historia desde la biología y la economía, como ocurrió en el reduccionismo nazi y estalinista, respectivamente.*

---

Si procedemos siguiendo el orden de una mínima cronología de las ideas modernas y contemporáneas, el antecedente más significativo es Hegel, y de alguna manera, la importancia de sus herederos. Fue Hegel quien pensó el Estado moderno, para decirlo en formulación bien conocida, «capaz de reunir en la esfera política los dispersos intereses de los actores de la vida social». Esta pretensión totalizante, produjo la reacción de Marx que construyó otra idea de la totalidad partiendo no del Espíritu sino de la materia, vale decir el trabajo, los hombres, sus nexos. Pero Hegel tuvo continuidad fecunda en el siglo XX, con Cassirer, Eric Weil que mencionamos, Jakove, y el americano Fukuyama. Alguien ha dicho, por ello, que no hemos terminado de salir de Hegel. La sociedad contemporánea sigue creando individuos cuya autonomía y capacidad para calcular, conduce a una sociedad en perpetuo actuar autorganizador. Es la contradicción propia a la política al no poder resolverse por la violencia (porque entonces sería guerra) sus propios conflictos, La discusión pública conduciría a esa forma de vida inestable y a la vez constructora de sentidos, que llamamos, ligeramente, sociedad democrática. Siempre y cuando los ciudadanos sean gente informada y participativa.

¿Cuáles son las condiciones de la democracia? O al revés, ¿en qué situaciones excepcionales las sociedades modernas, voluntaria y llanamente, la anulan? Arendt revela como el totalitarismo en su doble versión hitlerista y estanilista, es sustituido por la dominación total. Y con la aprobación de los propios ciudadanos que, acto seguido, dejan de serlo. Se vuelven soldados, movilizables, monjes, cruzados de alguna fé, pero dejan de actuar y pensar por sí mismos. Explicar que esa antipolítica, acompañada de nacionalismo germano, movilización entusiasta de las masas, carisma del líder y misión escatalógica de la historia, no fue una forma de sociedad política de extrema derecha sino algo peor, y en su momento, novedoso e insólito. Vino de un estado de anomia de las clases y la desaparición de las mismas en las manos del partido, la policía y la propaganda, y no fue sencillo comprenderlo. La obra de Arendt produjo un escándalo político y de «episteme», el concepto de totalitarismo es hasta nuestros días discutido, aprobado y rechazado. Hitler hizo política hasta el momento en que las multitudes, considerándolo una suerte de nacionalismo de izquierda, lo encaramaron al poder. Luego, el nazi se vuelve algo distinto, no una política sino una suerte de culto a la historia, al destino, a una visión de la especie humana de orden biológico, de neopaganismo y religión colectiva, que todavía despierta curiosidad mezclada con un gran horror. Los estudios sobre el hitlerismo siguen siendo abundantes y un campo de examen permanente. Algo muy grave ocurre en la Alemania de los años treinta, la peste parda, algo que puede y

---

vuelve a generarse en otras sociedades. No hay que creerse ario puro para ser nazi. Ni un revolucionario extremo para aceptar el fin de los individuos como en el culto al Estado en días de Stalin.

Las páginas que siguen, fueron escritas por Hannah Arendt en 1951, es decir, casi veinte años después que la joven estudiante de origen judío que estudiaba filosofía, tuviera que exilarse, –las leyes raciales de la Alemania nazi le cerraban toda posibilidad. Había nacido en 1906 en Hannover. Nada vaticinaba el azar de su destino. Estudiaba filosofía y teología en Marburgo, luego en Friburgo y en Heidelberg, preparaba un destino académico de lo más normal en su país de nacimiento, la comunidad judía tenía un milenio de existencia, en realidad era muy difícil diferenciarlos de los alemanes no judíos. Su precoz inteligencia la lleva a ligarse de amistad con Hans Jonas, con Jaspers y con Heidegger, de la que fue alumna (luego, hubo unos amoríos de corta duración) pero esos vínculos, tan peculiares, entre la teórica del totalitarismo y el célebre filósofo que aceptó las leyes de Hitler en la universidad, no se interrumpieron ni con el exilio de Arendt por ocho años a Francia, ni durante su vida en los Estados Unidos. Ahora bien, esa amistad se acompañó de una reiterada negación en la obra de Arendt, punto por punto, de lo que sostuvo Heidegger en el dominio de la filosofía política. ¿Amantes y rivales? Un capítulo de la historia del pensamiento que llama a gritos el auxilio del psicoanálisis, y en todo caso, de la discreción y piedad.

Arendt se hizo americana en 1951, la fecha de publicación de «Los orígenes del totalitarismo», obra que le produjo un éxito fulgurante y el ingreso a la enseñanza en Berkeley, Columbia y otras universidades. Otros de sus libros, «La condición humana» (1958) y «Eichmann en Jerusalén», y «Ensayos sobre la Revolución» (1963), que no abordamos, igual de fundamentales para comprender el curso de las ideas filosóficas y políticas del mundo contemporáneo. Porque el tema central de este conjunto de textos es la democracia, y obviamente sus grandes crisis, situamos el estudio de Hannah Arendt sobre el hecho totalitario, como lectura indispensable para comprender la historia presente.

## ***Arendt. Ideología y terror: Una nueva forma de gobierno***

En los capítulos precedentes hemos recalado repetidas veces que no sólo los medios de dominación

---

total son más drásticos, sino que el totalitarismo difiere esencialmente de otras formas de opresión política que nos son conocidas, como el despotismo, la tiranía y la dictadura. Allí donde se alzó con el poder, desarrolló instituciones políticas enteramente nuevas y destruyó todas las tradiciones sociales, legales y políticas del país. Fuera cual fuera la tradición específicamente nacional o la fuente espiritual específica de su ideología, el gobierno totalitario siempre transformó a las clases en masas, suplantó el sistema de partidos no por la dictadura de un partido, sino por un movimiento de masas, desplazó el centro del poder del ejército a la policía y estableció una política exterior abiertamente encaminada a la dominación mundial. Los gobiernos totalitarios conocidos se han desarrollado a partir de un sistema unipartidista; allí donde estos sistemas se tornaron verdaderamente totalitarios comenzaron a operar según un sistema de valores, tan radicalmente diferente de todos los demás que ninguna de nuestras categorías tradicionales legales, morales o utilitarias conforme al sentido común pueden ya ayudarnos a entenderlos, o a juzgar o predecir el curso de sus acciones.

Si es cierto que pueden hallarse elementos de totalitarismo remontándose en la historia y analizando las implicaciones políticas de lo que habitualmente denominamos la crisis de nuestro siglo, entonces es inevitable la conclusión de que esta crisis no es una simple amenaza del exterior, no es simplemente el resultado de una agresiva política exterior, bien de Alemania o de Rusia, y que no desaparecerá con la muerte de Stalin más de lo que desapareció con la caída de la Alemania nazi. Puede ser incluso que los verdaderos problemas de nuestro tiempo sólo asuman su forma auténtica –aunque no necesariamente la más cruel– sólo cuando el totalitarismo se haya convertido en algo del pasado.

---

Es en la línea de tales reflexiones donde cabe suscitar la cuestión de si el gobierno totalitario, nacido de esta crisis y, al mismo tiempo, su más claro y único síntoma inequívoco, es simplemente un arreglo temporal que toma sus métodos de intimidación, sus medios de organización y sus instrumentos de violencia del bien conocido arsenal político de la tiranía, el despotismo y las dictaduras, y debe su existencia sólo al fallo deplorable, pero quizás accidental, de las fuerzas políticas tradicionales –liberales o conservadoras, nacionalistas o socialistas, republicanas o monárquicas, autoritarias o democráticas. O si, por el contrario, existe algo tal como la *naturaleza* del gobierno totalitario, si posee su propia esencia y puede ser comparado con otras formas de gobierno, que el pensamiento occidental ha conocido y reconocido desde los tiempos de la filosofía antigua, y definido como ellas. Si esto es cierto, entonces las formas enteramente nuevas y sin precedentes de la organización totalitaria y su curso de acción deben descansar en una de las pocas experiencias básicas que los hombres pueden tener allí donde viven juntos y se hallan ocupados por los asuntos públicos. Si existe una experiencia básica que halla su expresión política en la dominación totalitaria, entonces, a la vista de la novedad de la forma totalitaria del gobierno, debe ser ésta una experiencia que, por la razón que fuere, nunca ha servido anteriormente para la fundación de un cuerpo político y cuyo talante general –aunque pueda resultar familiar en cualquier otro aspecto– nunca ha penetrado y dirigido el tratamiento de los asuntos públicos.

Si consideramos esto en términos de la historia de las ideas, parece extremadamente improbable. Porque las formas de gobierno bajo las que los hombres viven han sido muy pocas; fueron tempranamente descubiertas, clasificadas por los griegos, y han demostrado ser extraordinariamente longevas. Si

---

aplicamos estos descubrimientos, cuya idea fundamental, a pesar de las muchas variaciones, no cambió en los dos mil quinientos años que separan a Platón de Kant, sentimos inmediatamente la tentación de interpretar el totalitarismo como una forma moderna de tiranía, es decir, como un gobierno ilegal en el que el poder es manejado por un solo hombre. Poder arbitrario, no restringido por la ley, manejado en interés del gobernante y hostil a los intereses de los gobernados, por un lado; el temor como principio de la acción, es decir, el temor del dominador al pueblo y el temor del pueblo al dominador, por otro lado, han sido las características de la tiranía a lo largo de nuestra tradición.

En lugar de decir que el gobierno totalitario carece de precedentes, podríamos decir también que ha explotado la alternativa misma sobre la que se han basado en filosofía política todas las definiciones de la esencia de los gobiernos, es decir, la alternativa entre el gobierno legal y el ilegal, entre el poder arbitrario y el legítimo. Nunca se ha puesto en tela de juicio que el gobierno legal y el poder legítimo, por una parte, y la ilegalidad y el poder arbitrario, por otra, se correspondían y eran inseparables. Sin embargo la dominación totalitaria nos enfrenta con un tipo de gobierno completamente diferente. Es cierto que desafía todas las leyes positivas, incluso hasta el extremo de desafiar aquellas que él mismo ha establecido (como en el caso de la Constitución soviética de 1936, por citar sólo el ejemplo más sobresaliente) o de no preocuparse de abolirlas (como en el caso de la Constitución de Weimar, que el gobierno nazi jamás revocó). Pero no opera sin la guía del derecho ni es arbitrario porque afirma que obedece estrictamente a aquellas leyes de la naturaleza o de la historia de las que, supuestamente, proceden todas las leyes positivas.

---

Ésta es la monstruosa y sin embargo aparentemente incontestable reivindicación de la dominación totalitaria, que, lejos de ser «ilegal», se remonta a las fuentes de autoridad de las que las leyes positivas reciben su legitimación última, que, lejos de ser arbitraria, es más obediente a esas fuerzas suprahumanas de lo que cualquier gobierno lo fue antes y que, lejos de manejar su poder en interés de un solo hombre, está completamente dispuesta a sacrificar los vitales intereses inmediatos de cualquiera a la ejecución de lo que considera ser la ley de la historia o la ley de la naturaleza. Su desafío a las leyes positivas afirma ser una forma más elevada de legitimidad, dado que, inspirada por las mismas fuentes, puede dejar a un lado esa insignificante legalidad. La ilegalidad totalitaria pretende haber hallado un camino para establecer la justicia en la tierra –algo que, reconocidamente, jamás podría alcanzar la legalidad del derecho positivo. La discrepancia entre la legalidad y la justicia jamás puede ser salvada, porque las normas de lo justo y lo injusto en las que el derecho positivo traduce su propia fuente de autoridad –«el derecho natural» que gobierna a todo el universo o la ley divina revelada en la historia humana, o costumbres y tradiciones que expresan el derecho común a los sentimientos de todos los hombres– son necesariamente generales y deben ser válidas para un incontable e imprevisible número de casos, de forma tal que cada individuo concreto con su irrepetible grupo de circunstancias se escapa a esas normas de alguna manera.

Hannah Arendt, tercera parte, *Los Orígenes del Totalitarismo*, pp. 617-640.

*¿Qué es masa en Arendt? Un cuadro de fenomenología social que puede reproducirse, y de hecho lo hace, en cualquiera otra sociedad contemporánea, sin exceptuar las «fragmentarias», como la sociedad peruana.*